

RAZON Y CORAZON AL SERVICIO DE UNA CAUSA

Manuel Sánchez Cuesta

Las biografías alcanzan a veces momentos de especial intensidad, que vienen a coincidir con la transformación de los sujetos en verdaderos hombres. Tales hechos son resultado de cierta clase de conflictos íntimos en los que la vida cotidiana arista sus ribetes y provoca la asunción de actitudes que obligan a vivirla con tensión. La vida humana entonces madura, se hace ética, es decir, experiencia personal profunda que, a la vez que nos singulariza, nos marca una especie de destino, nimio o trascendental poco importa, el cual a su vez exige tener que decidimos, para bien o para mal deber tomar partido. Y como no hay más vida que la cotidiana, al hombre no le cabe otra posibilidad que responder a sus instancias o acallarlas, ya trasladando en este segundo caso sus apelaciones y urgencias a universos ilusorios con la consiguiente pérdida del sentido de la realidad, ya amordazándolas mediante el silencio hasta ahogarlas traicionando con ello su misma carne.

El asunto es desde luego relevante porque indica hasta qué punto la circunstancia propia es también en parte creación de cada uno, traducción de la experiencia personal en gesto. Creo que sólo desde esta perspectiva cabe en rigor entender la ejemplaridad de *Rutilio Grande*, de *Oscar Romero* y ahora de *Ignacio Ellacuría*, los tres sucesivos, implacable y vilmente asesinados por igual causa, por dar idéntica respuesta al mismo compromiso, por el ejemplarismo de su gesto, el último de ellos, *Ignacio*, junto a otros cinco profesores y dos mujeres más, hace tan sólo unos meses.

Precisamente al recoger *Ignacio Ellacuría* en Barcelona el premio Alfonso Carlos Comín otorgado a la UCA (la Universidad Centroamericana de San Salvador) señaló con claridad en su discurso lo que había sido, lo que era y lo que iba a continuar siendo el objetivo de su vida: «somos partidarios —dijo— de poner en tensión la fe con la justicia». De ahí que el Evangelio se convirtiera para él en lo que no debió nunca dejar de haber sido, Buena Noticia, preferencia por los pobres y desheredados y oprimidos; y que, como consecuencia, encontrara en la fidelidad a los hombres la imperiosa necesi-

dad de luchar sin cómplices demoras en favor de la libertad, de la igualdad y de la concordia en esa sociedad cruel y vertical centroamericana.

Opción por los pobres

Este compromiso ético fue el que lo convirtió en profeta, soldando su personal sinceridad a un compromiso solidario, manifiesto sobre todo en la coherencia entre el decir y el hacer, entre la fidelidad y el testimonio, entre la amenaza de la muerte y el desprecio al miedo. Solamente desde este reto personal, desde este ajuste de cuentas individual, pudo luego trascenderse en gesto, metamorfosearse en símbolo, con todo lo que ello supone de ejemplaridad y de denuncia. Entendemos así que, hablando de la función de la universidad cristiana hoy —(él mismo era rector de la UCA)—, dijera que por más que aquella deba pretender ser libre y objetiva, «la objetividad, —sin embargo—, y la libertad puedan exigir ser parciales».

¿Cabe, pongamos por caso, cruzarse de brazos, mantener imparcialidad ante la injusticia? Es claro que no. La opción preferencial de *Ignacio Ellacuría* por los pobres y desheredados marcó por eso su humanidad y su religiosidad. *Ellacuría* optó por poner sin reservas a disposición de esa causa su inteligencia y su corazón con todo lo que ello exigía de sacrificio y de entrega, pero a la vez también de denuncia y de provocación. ¿Cómo si no, poder hablar de humanismo donde voluntaria y sistemáticamente son violados los derechos del hombre más elementales?

La causa, por eso, de *Ignacio Ellacuría*, como la de *Jesús de Nazaret*, consistió en denunciar y colaborar incansablemente en esa tarea de devolver al hombre lo que de manera violenta e injusta le fue impunemente arrebatado. De aquí nace su apoyo incondicional a la Teología de la Liberación, entendida como la única forma posible de pensar la relación Dios-hombre, como el único germen realmente eficaz de «subvertir —en sus mismas palabras— la historia».

Más allá del miedo

Ignacio Ellacuría creyó en el hombre tanto como en Dios. O incluso me atrevo a decir, que vio a éste en el espejo aquél. Nada de extraño tiene pues el

que empeñara todo su talento de intelectual a la busca de una solución pacífica para los urgentes e impostergables requerimientos de esa degradada humanidad tercermundista que le tocó vivir de cerca y de la que se encariñó, en la espera desesperada de un *Godot* tanto más anhelado cuanto más lejano, tanto más caritativo cuanto más injusto, tanto más misericordioso cuanto más cruel. Por eso no tuvo tampoco inconveniente en supeditar su probada vocación filosófica a la teología y a la sociología política.

Paralelamente a ese aire fresco de libertad que avienta desde el Este, tras la caída del vergonzoso símbolo que fue el muro berlinés, otro muro de cuerpos abatidos sobre el césped de un *campus* universitario se alza por el Oeste, presto a continuar la opresión y la degradación humana sobre la Tierra. Nos resistimos, con todo, a pensar en un posible sistema de sustituciones.

Por eso en medio del vacío, del absurdo y de la impotencia brilla la última lección de *Ignacio Ellacuría* como un gesto ya trascendido que se continúa a sí mismo dolorosamente, pero que sobrecoge en la pureza de su intención. Más allá del miedo, su voluntad consecuente, fiel a la palabra empeñada, al compromiso contraído en la hondura silenciosa de lo personal y justificador del propio vivir, parece con su testimonio arañar incansablemente al tiempo sus minutos hasta eternizarlos.

Ante la negativa, cuarenta y ocho horas antes de ser asesinado, a permanecer en España mientras se aclararan los dramáticos acontecimientos en El Salvador, por el peligro real que para él ese regreso suponía, y su firme propósito de volver allí, en la confianza de que podía ser útil a la paz y libertad de su país de adopción, nos vienen al recuerdo las palabras de *Sócrates*, tan decididas como conmovedoras, prefiriendo la muerte en defensa de la universalidad de aquella ley en la que siempre había creído, a la huida innoble de la cárcel: «Eso sería — escribe Platón en el diálogo *Critón* — reconocermé culpable; yo, que he hecho gala de cumplir siempre la ley y exhortado a los demás a que la cumplan, ¿voy ahora a intentar transgredirla porque actúa en contra mía? ¿Por salvar una vida que ya toca a su fin, voy a faltar a mi norma de siempre?».

Descanse en paz *Ignacio Ellacuría*. F. *Ignacio Martín-Baró*, *Segundo Montes*, *Juan Ramón Moreno*, *Amado López* y *Joaquín López y López*, compañeros de causa y de muerte.